

CRONICAS DEL LUCHO MENDEZ EN LA IBM

14 EL ANHELADO SUEÑO DE LA CASA PROPIA

En los años 60 se crearon las Asociaciones de Ahorro y Préstamo AAP instituciones que permitieron por primera vez dar acceso directo a la clase media chilena para adquirir bienes raíces mediante préstamos hipotecarios a largo plazo, en que el interesado tenía que cumplir el requisito de llegar a juntar un ahorro previo del 25% del valor del inmueble. Esta modalidad dio origen al inicio del crecimiento exponencial de la industria de la construcción inmobiliaria que se encontraba en pañales.

NUESTRA PRIMERA CASA PROPIA

Recuerdo que anduvimos varios años buscando casas que en ese tiempo no bajaban de los 33 millones, monto que nos quedaba muy por encima del alcance de nuestro ahorro previo, hasta que un domingo apareció un aviso de un bungalow en 28,5 millones.

Durante mis trámites bancarios aproveché de pasar a pedir la orden de visita al corredor quien me dijo que la vendía en carácter de urgente y me entregó las llaves para visitarla durante la hora de almuerzo, pues le quedaba muy lejos y tomaba mucho tiempo ir mostrarla.

Fui a verla y cumplía con nuestros requerimientos, salvo que sólo tenía 2 dormitorios y el estacionamiento del patio tenía un cierto desnivel. La reciente marca de la reparación del muro trasero daba pábulo para imaginar que el antiguo dueño se incrustó allí con su auto y que aparentemente podría ser la razón para deshacerse de la casa tan rápido. En la tarde fui con Mónica y decidimos comprarla y posteriormente solucionar el problema del desnivel.

El corredor me empezó a perseguir para que le devolviera las llaves porque tenía muchos interesados esperando y yo le contestaba que no se las iba a devolver porque ya la casa estaba vendida y sólo estábamos esperando la aprobación del préstamo de la AAP.

Finalmente compramos nuestro soñado primer bien raíz y nos fuimos a vivir en Las Condes en calle Las Verbenas cerca del Hospital Fach, que en esos tiempos eran los confines de la ciudad pero era un sacrificio que valía la pena, a pesar de quedar tremendamente lejos de la Universidad, perdiendo con esto la cercanía que gozábamos en esa oportunidad.

Al mudarnos nos dimos cuenta que teníamos muchos vecinos conocidos ya que en el mismo conjunto habitacional tenían su casa, Pepe Cuesta, la Fanny Muga y a pocas cuadras vivían Miguel Castillo, Alfonso Carvallo y Francisco Castillo, por lo que era fácil conseguir transporte a la oficina mientras no teníamos automóvil, el que tuvo que destinarse a completar el ahorro previo. También Sergio Tagle se incorporó después a la vecindad.

El barrio contaba con muy pocas casas y la mayoría eran sitios vacíos que se fueron edificando de a poco. El comercio quedaba muy lejos y la locomoción era muy escasa y mala.

En ese tiempo era imposible conseguir línea telefónica por lo que cuando yo me enfermaba, Mónica tenía que ir a pedir al Hospital de la Fach que le prestaran el teléfono para avisar mi inasistencia.

Nuestra primera casa nos brindó innumerables agradables experiencias de vida y ahí nacieron nuestro segundo y tercer hijo.

Recuerdo un invierno en que hubo nevazón y al salir en la mañana con mi auto a la oficina, apenas había avanzado los primeros metros empecé a perder la dirección por el desnivel de las calles y tuve retornar a casa con mucha dificultad. Tampoco podía circular la locomoción colectiva por lo que ese día tuvimos que quedarnos en casa.

En lo negativo recuerdo aquellos días de lluvia esperando la liebre después de clase que pasaba llena y yo llegaba a casa después de medianoche completamente mojado, además de las idas a la vega de compras para volver lleno de bolsas pesadas en la micro.

EL DIFÍCIL PROYECTO DE LA CASA EN LA PRADERA

Con la llegada de nuestro tercer hijo, la Pamelita la casa se nos hizo chica así que empezamos a pensar en nuestro sueño que era tener un sitio grande para edificar y poder plantar algunas hortalizas.

Estuvimos mucho tiempo buscando alternativas por diversos barrios hasta que un día en 1970 vimos un letrero recién puesto en un sitio al pasar por Los Domínicos detrás del cerro Calán, cuando recién comenzaban a aparecer las primeras casas. El tamaño era espectacular de 2.750 m²., todo un sueño.

Tímidamente hablamos con el dueño que vivía por el mismo barrio y le pedimos una semana para decidirnos.

De nuevo mostramos nuestra tradicional osadía y nos comprometimos a ojos cerrados. Lamentablemente tuvimos que vender el Taunus 62 que era una maravilla de auto de ese tiempo al primer postor para dar el pie y pusimos en venta la casa en que vivíamos para terminar de pagar el sitio y comenzar la construcción.

Cuando conseguimos vender la casa nos volvimos a convertir en arrendatarios y peatones en una casa en Villa El Dorado, donde de nuevo tuvimos que ir a la vega y volver llenos de bolsas con las compras.

Ahí nos dimos cuenta que el proyecto de construir una casa es de alta complejidad, demanda tiempos considerables y obliga a entender y aprender actividades totalmente desconocidas para cualquier mortal.

Partimos con las solicitudes de préstamo en la AAP, pasamos a la búsqueda de un arquitecto y constructor, llegando a las innumerables sesiones de diseño de la casa, que parte con las necesidades soñadas y se va achicando en la medida que los financiamientos no lo permiten.

Después pasamos a la burocracia de los permisos en la municipalidad y otras instituciones hasta llegar a lo medular: el inicio de la construcción.

Comenzamos la construcción en las peores condiciones posibles: el valor del préstamo congelado, el costo de los materiales de construcción subiendo todos los días y comenzando a escasear.

En esas pésimas condiciones teníamos que multiplicarnos para conseguir los insumos. Junto al arquitecto y al constructor nos dividíamos los posibles proveedores de materiales.

Sin teléfono ni internet había que caminar de ferretería en ferretería preguntando, mientras el ambiente estaba convulsionado por huelgas, marchas, manifestaciones y enfrentamientos.

Apenas encontrábamos algo, sin considerar su calidad porque no podíamos regodearnos lo comprábamos inmediatamente para llevarlo a la construcción.

Los plazos se extendían una y otra vez por la falta de materiales mientras tanto los maestros no tenían nada que hacer y había que seguir pagándoles el sueldo.

Al final sólo nos alcanzó para llegar a tener una obra gruesa habitable de la primera etapa con 90 m² construidos de regular calidad, las paredes sin estucar, el piso de cemento afinado, los deslindes de alambres de púa con zarzadoras, pero la familia dispuesta a cambiarnos en esas condiciones porque al fin se estaba cumpliendo nuestro esperado sueño. Además, la casa quedaba a pocas cuadras del Redland School donde se estaban educando nuestros hijos.

Mi esposa como siempre ejecutiva embolsó todos los enseres para la mudanza a nuestra nueva casa en obra gruesa, en la falda del Cerro Calán.

Estábamos esperando el fin de mes y pidiendo las cotizaciones a los camiones de mudanza para cambiarnos cuando recibimos una noticia que nos hizo alterar totalmente los planes que teníamos en ese momento.